# LA VICTORIA DE BAILÉN.

# LA VICTORIA DE BAILÉN.

# ODA

PREMIADA EN EL CERTÁMEN ABIERTO

POR

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN 2 DE MARZO DE 1850.

SU AUTOR

DON EMILIO OLLOQUI.

*« Potius mori quam fœdari. »*

MADRID.

EN LA IMPRENTA NACIONAL.

1851.

# LA VICTORIA DE BAILÉN.

> Tu ne cede malis; sed contra audentior ito,
> Quam tua te fortuna sinet. Via prima salutis, &c.
>
> . ÆNEID *lib. VI.*

TAN dulce no es la vida
Cuando el yugo de un árbitro le espera,
Que el alma ennoblecida
Con la virtud austera
Arrostrar la cuchilla no prefiera.

Quien viva la honra guarde
No tema de los déspotas el filo;
Él vivirá mas tarde
En perdurable asilo
En el seno de Dios, dulce y tranquilo.

Mas busque en la batalla
La senda del honor, que no en la oscura
Cautividad se halla,
Ni ahogando la bravura,
Ni á los labios trayendo la amargura.

Dios hunde al poderoso
Que perturba la paz de los hogares:
Dios arma al valeroso
Humilde en sus altares,
Rudo al son de las trompas militares.

Dios honra y fortaleza
Dá al siervo de su fé. ¡Plegue á tu gloria,
Señor, que en tu grandeza
Se encienda mi memoria,
De tu España cantando la victoria!

La cólera y venganza
Recuerde, que estalló contra la altiva
Muslímica pujanza;
Y aquella verde oliva
Símbolo fiel que de otra paz deriva.

Como valiente garza
Remóntase veloz buscando el cielo;
Como tu mano engarza
Verjel de fértil suelo
Con la eminente cúspide de hielo;

De tu divino lampo
Circundado, recuerde el heroismo
Que ardió en un mismo campo,
Que abrió profundo abismo
De una edad y otra edad á un crímen mismo.

No paz, nunca sosiego
Jussuf Miramolin, torvo africano,
Dió á su violento fuego;
Siempre al yugo inhumano
Trayendo á Nazaret, ¡y siempre en vano!

Si hierro al cautiverio
Forjaba Tremecén, más la porfía
Proterva del imperio
Del Tártaro encendia
La piedad de los siervos de María.

La bárbara guadaña
Siempre dócil del ímprobo al intenso
Rencor; y siempre España,
Por su fervor inmenso,
Arbolada la cruz, el arco tenso.

Sus flechas el malvado
En la hiel de las iras empapaba;
Mas el humilde, armado
De fé y constancia, clava
La bandera de Cristo en Calatrava.

No tiembla estremecida
La selva al rebramar de hórrido invierno,
Como tembló vencida
Del rayo del Eterno
La cerviz de Satan dentro el infierno.

Jussuf la negra copa
De la rabia apuró que le concita,
Y á la nefanda tropa
Que en torno de él se agita
Le entrega el corazon y alma precita.

Ya la trompeta aguda
Por la zona de Atlántide convoca
La hueste mashamuda,
Tropel que se desboca
Ciego al grito infernal que le provoca.

Ya desde el Níger vienen
Al escape los Númidas veloces,
Que de cruor mantienen
Los rápidos feroces
Que á la espuela se encienden de sus voces.

Ya el atroz oriundo
Del Vándalo, y el Gétulo intranquilo,
Y el Árabe errabundo,
Y astutos los del Nilo,
Forrado el pecho en piel de cocodrilo.

Ya carniceras aves,
Con instinto voraz, del Sarraceno
Cruzaron tras las naves
Las sirtes del Tirreno,
Para espanto mayor del Nazareno.

Las cavernosas fraguas
Del fulminado Encélado iracundo;
Las turbulentas aguas
Del negro mar profundo
Amagando tragar el ancho mundo;

Fragor ni tanto estrago
Como el ímpetu engendran con que asorda,
Con pensamiento aciago,
La grey que se desborda,
Frenética pasando horda tras horda.

No desalienta al pio
Rey Alfonso del réprobo la audacia:
Su corazon mas brio,
Su voz mas eficacia;
Su mente mas se afirma en la desgracia.

A cuantos fé mantienen
En el nombre de Cristo, fué á ganallos;
Y ya de allende vienen
Con armas y caballos
Los Ungidos y Condes y Vasallos.

Por las torcidas cuestas
De los Marianos montes, al abrigo
De las breñosas crestas,
Buscando al enemigo
El lábaro llevando va Rodrigo.

¡Oh corazon de robre!
¡Oh fiel! que no tembló mirando el llano
Hervir cual mar salobre,
Alarde haciendo ufano
De su indómita rabia el Mauritano.

Al pié de la barrera
De la Bética Alfonso el campo mide
Clavando su bandera;
Y el fiero Almoravide
Por la vega sus bárbaros divide.

Detrás los Andaluces,
(Que agravios el traidor les hizo un dia);
Mohamad contra las cruces;
Y porque en ellos fia,
En su redor diez mil de la Etiopía.

Campo asentó horroroso:
Sus armas de veneno y sangre llenas;
Cercando el centro un foso,
Y al cabo cuatro almenas
De dó penden fortísimas cadenas.

Mediaba el seco Julio,
Y plácida tambien la hora del sueño:
No así para el Getulio;
Que está con torvo ceño
Revolviendo Jussuf su odioso empeño.

Oraba en tanto Alfonso
Al pié de sacrosanto Crucifijo:
Llegósele un intonso
Pastor, y «¡Oh rey!» le dijo,
«Dios que vé tu piedad en tí está fijo.

»Conmigo si vinieras
»Enantes que del sol la crencha rubia
»Se esparza, los vencieras:
»Los hijos de la Nubia,
»Los que abortó el Oreb en negra pluvia.»

Oyóle el rey suspenso
De júbilo y fervor: la fe española
Ya roto el nublo denso
Miraba; Dios premióla
Ciñendo al jóven cándida aureola.

Al punto aquellas quiebras
La hueste abandonó por contentalle:
No mueven las culebras
Mansísimas del valle
Mas rüido entre el musgo abriendo calle.

Y en la revuelta estrecha
La próspera legion halla salida,
Y cautelosa acecha
La banda almoravida
Para el último avance apercibida.

Mas cual gigante roca
Que del Cáucaso helado se desprende;
Cual reventando choca
Nube con nube, y prende
Rayo exterminador que el éter hiende;

Tan raudo el hispanense
Precipítase audaz, no bien sus luces
Mostró Faetonte, y vense
Ante las rojas cruces
Arrollados los moros andaluces.

Cunde de fila en fila
Repentino pavor: príncipe, esclavo,
La bárbara *kabila*,
El corazon mas bravo,
El hierro traspasó de punta á cabo.

Jussuf tiende el galope,
Revolviendo la ardiente cimitarra:
No te valdrá el Etiope,
No te valdrá esa barra;
No te valdrá, que llega el de Navarra.

Alza el hacha sangrienta,
Y abrasado en arrojo la fulmina
Cien veces, y atormenta
La máquina, y rechina
La cadena gimiendo, y se le inclina.

Rompió el regio caudillo
La barrera, y el campo quedó yerto:
No relumbró el cuchillo
De Agar: ¡campo cubierto
Por la arena del *Símoun* del desierto!

¡Cantemos! que trocada
Tu soberbia, oh Satan, quedó en pavesa.
Fué la valiente espada
Que alzó la hueste ilesa,
Rayo que devoró la selva espesa.

Son pasajero lampo
Las glorias del profano ante los ojos
De Dios: heno del campo
Su fuerza: sus arrojos,
Sus armas, ¡ay! ¿qué son?—mar de despojos!

Mas, ¿qué veloz Querube
Coronado de fúlgidas estrellas,
En esplendente nube,
Velado en luces bellas,
De Alfonso vencedor sigue las huellas?

Los irradiantes ojos
Indignado clavó sobre el Erebo,
Y los destellos rojos
Del luminar de Febo
Detuvo al anunciar la voz del evo.

«No terminó tu gloria,
»Venturoso adalid; débate España
»Que honrando tu memoria,
»Reviva esta campaña
»A la luz de este sol que vió tu hazaña.

»Vendrá funesto dia
»En que hundido en el cáos el pensamiento,
»Feroz cual la porfía
»De contrastado viento,
»Rebelde contra Dios se alce sangriento.

»Y nacerá un tirano
»Que refrene del mónstruo el albedrío;
»Y en el orgullo vano
»De excelso poderío
»Guerra lleve dó quier su desvarío.

»Mezquino el alto solio
»Contemplará del magno Clodoveo;
»Mezquino el Capitolio;
»Mezquino por trofeo
»Ver el mundo amarrado á su deseo.

»Mas no bien su guerrera
»Hueste el Pirene altísimo trasponga,
»Cuando la fiel bandera
»De Cristo se le oponga,
»Que enarboló Pelayo en Covadonga.

»No bien torpe avasalle
»Los que burló cual pérfida sirena,
»Sentirá en este valle,
»Tumba de la agarena,
»El primer eslabon de su cadena.

»Así para que el hombre
»Purgue el viejo, tenaz, negro delito,
»Y al incrédulo asombre,
»Consiente el Infinito
»Cruce el espacio el hórrido crinito.

»Ya desatadas giran
»Fatídicas sus colas, y abrasando
»La tempestad, se aíran,
»Los mares alterando,
»Las leyes de los orbes trastornando.

»Mas pesa en la balanza
»La clemencia; la ofensa queda inulta;
»Y Dios en su bonanza
»La infanda estrella oculta,
»Y en el confin del éter la sepulta.»

Así en el arpa de oro
Con resonante voz cantó el Querube;
Y el cielo hízole coro,
Y al firmamento sube
En espiral de púrpura en la nube.

¡Sonó del trance hadado
La hora fatal; cumplióse el vaticinio!
El ambicioso airado
Nació entre el exterminio,
Llamando el Occidente á su dominio.

La pavorida Italia
Fia al Ruso y al Dálmata la ofensa.
¿Qué abismo ante la Galia
Contra la audacia inmensa
Del soberbio adalid será defensa?

Abrió sangriento surco
Por Parténope y Roma, y la que baña
El Adria, y contra el Turco,
Y en contra tuya, España:
Mas, ¡ay! que fementido ántes te engaña.

La máscara del ruego
Ciñe al rostro mendaz; pérfido atiza
De la Discordia el fuego;
Y ella en su frente eriza
La guedeja de sierpes que horroriza.

Va la insolente furia
De despojos hartándose inhumana;
Mas va del Segre al Turia,
Del Miño al Guadiana
Fecundando la sangre ira temprana.

Mantua, venga tu ultraje:
Corre, que en la tardanza está la afrenta:
El español coraje
Que á tu dolor fermenta,
Arrojos, que no lágrimas, consienta.

¿No escuchas los redobles
Del atambor ruidoso, reanimando
Los corazones nobles?
¿No ves?... Ya en grueso bando
Los ardientes jinetes galopando.

Mira que en la ardua liza
Rostro á rostro el doncel armado espera:
Prenda llama rojiza,
Ruja la trompa fiera
Desde el áspera cumbre á la ribera.

¡Adios, tierno regazo
De la esposa feliz! colmó de amores
El cielo vuestro lazo,
Y el vínculo de flores
Ya la segur cortó de los horrores.

¡Adios, dulce embeleso
Del pacífico hogar! ¡tiemble quien ama!
«Madre, el último beso;
»Que la trompeta llama:»
¡Y el mancebo una lágrima derrama!

¡Oh campos de Castilla!
Mudo aspecto de ayer ¡ay! ¡cuán distinto!
Do quier de armados brilla
Confuso laberinto;
Do quier odio en los ojos, hierro al cinto.

Do quier funesto gozo
Al aplauso de cántico guerrero:
Allí el anciano, el mozo,
Y el prócer, y el pechero,
El santo cenobita, el caballero.

Amor, ¿y cuántos pechos
Rendidos viste al ocio y al regalo
Cuando con torpes hechos
Y horribles iba el Galo
La ciudad profanando de Gonzalo?

Cual raudo se recobra
De súbito pavor el campesino,
Y audaz en la zozobra,
Y armado, al convecino
Campo vuela que holló monstruo dañino;

Tanto al proviso armada,
Cercando al corazon noble osadía,
Volcánica, indignada
La ardiente Andalucía
Al ultraje de Córdoba acorria.

Tú fuiste, ilustre anciano,
CASTAÑOS piadosísimo, el robusto
Broquel contra el tirano,
Y oprobio del injusto,
Y perpetuo esplendor del solio augusto.

Tú del sagrado fuego
De Alfonso coronaste la esperanza,
Y el Santo oyó tu ruego,
Y al *campo de matanza*
A los ímpios redujo á tu venganza.

Sí, leon de la selva,
Que del llanto y terror no te condueles:
Tú, que te ornaste en Elba
De espléndidos laureles:
¡Ay de tí, y de tu gloria y tus crueles!

¿No veis? vuelve triunfante
Reding; Gobert murió; Liger desfila;
Vedel le busca errante.....
¡Dupont, Dupont, afila
Tus garras, que el montero te vigila!

Como el leon las clava
En la tierra, y saltando el polvo seco
Ahóndala y socava,
Y en el profundo hueco
Ruge, y responde á su rugido el eco;

Incierto así el caudillo,
Su funesta ilusion le acorta el plazo:
Teme el atroz cuchillo,
Teme el oculto lazo,
¡Y no teme de Dios el fuerte brazo!

Sagaz en la alta noche
A su encuentro Reding va apercibido;
Va cauto en el aproche,
Cuando al primer rugido
Con la fiera encaró desprevenido.

Ensánchase la valla,
Replegándose el tren: los batidores
Divierten la batalla,
Atentos los horrores
Al primer vislumbrar de los albores.

Mas ya el cañon anuncia
Que el bélico furor blande la tea:
Ya de Herrumblar la juncia
La sangre colorea;
Ya acérrima prorumpe la pelea.

Rompe el ímpetu ciego
Del indómito ardor de los Gascones;
Mas ante el hierro y fuego
De firmes batallones
Retroceden sus raudos escuadrones.

Preséntaseles hosca
La batida campal de la jornada;
Que aquellos de la tosca
Guerrilla mal armada,
De acero el alma tienen aforrada.

Cien veces la osadía
Del Francés arrostró hierro y metralla:
Cien veces la porfía
Levanta la muralla
Si la abate mortal bomba que estalla.

Ya en la refriega entónces
Desatadas las iras se provocan:
Allá contra los bronces
Certeros bronces chocan;
Allá fieros caballos se desbocan.

Aquí vuela en pedazos
Por el plomo la lanza arrebatada:
Para matar no hay brazos:
No corta ya embotada
De tanto golpear la hacha pesada.

«¡Mis lauros amancillo
»Si no venzo á ese audaz que me provoca!»
Frenético el caudillo
Clamó, y avanza y toca
Del hambriento mortero la ancha boca.

«¡Mis lauros, mi esperanza!»
Clamaba doloroso; y siempre via
Do quier que á la venganza
Sus fuerzas impelia,
Reding y Coupigny; siempre Abadía:

Y el resplandor sanguíneo
Del arcabuz los aires encendiendo;
Y su clamor fulmíneo
Con humo y ronco estruendo
La negra fiera pólvora envolviendo.

Asilo en tí buscaban,
Pacífico Herrumblar; y escandecidos
Tus ojos los miraban,
Y sordos tus oidos
Hiciéronse á los hondos alaridos.

¡Guerra, bárbara guerra,
Generacion de monstruos inhumanos!
¿Quién te arrojó en la tierra.....?
Mas no; que los tiranos
Mueren tambien por dicha entre tus manos.

Vedlos ora, humillada
La soberbia arrogancia de su pecho,
La faz en tierra ahogada,
Y el corazon deshecho
De fatiga, y de sed, y de despecho.

Vedlos por una gota
Del agua que á sus ojos ven vertida,
Que de las hídrias brota
Con dulce amor servida
Sobre el campo español, perder la vida.

¡El agua! ¡Oh cuán hermosa!
¡Oh cuánto mas que el oro y que el diamante,
Cuando por la ardorosa
Montaña el caminante
Ve saltar de la peña arco espumante!

¡Y ve cómo en sonoro
Compás por entre mármoles resbala;
Y allá cisne canoro
Que va con pompa y gala
Cortando la onda azul, batiendo el ala!

¡Oh sol! Tú convertias
Tus luces en mortíferas saetas;
Tú el paso detenias
A intrépidos atletas
Que inflamaba el clamor de las trompetas.

¡Oh sol! ¡Oh aniversario!
¡Oh campos de Jaen! Allí en Tolosa
Tumba de un temerario:
Aquí en BAILÉN, hondosa,
Negra sima de Francia poderosa.

¡Y cuál del anhelante
Vedel la indignacion! Águila opresa,
Rompe el ñudo, y rampante
Se arroja, haciendo presa,
Contra el rojo leon á la sorpresa.

Mas el de las Asturias
Iracundo rugió con trueno tanto,
Que á las rebeldes furias
Del reino del espanto
Soterró, y escuchólo el cielo santo.

Al punto unce ligera
A su carro los céfiros la Fama:
Veloz por donde quiera,
De puerta en puerta llama;
De puerta en puerta el júbilo derrama.

No deja, no hay vestigio;
Nunca rueda mas rápida hirió el suelo:
¡Recóndito prodigio!
Dióle potente el cielo
Las alas del relámpago á su vuelo.

Los címbalos sacuden
Sus vibradoras lenguas; cien cañones
Retruenan: ¡ah! saluden,
¡Oh patria! tus pendones
Rescatados del polvo las naciones.

No crédula imagines
Que del fiero invasor templó la saña:
No cumple así á los fines
De Dios: aun la guadaña
Lágrimas que arrancar tiene en España.

Tres veces malhechora
De Enero manchará la barba egena
Con sangre: tres de Flora
La cándida azucena;
Tres del verano la caliente arena.

Caerá el fuerte castillo,
La opulenta ciudad, la humilde herencia
Del pobre; é irá el cuchillo
Y el fuego y la violencia
Hasta el pié del altar de la inocencia.

¿Qué importa; si el agreste,
Si el corazon del prócer no se abate
Del hambre y hierro y peste?
¿Si mas tranquilo late
Cuanto riesgo mayor le abre el combate?

No siempre la victoria
Coronará su afan: ¿Qué importa?—Muera;
Que si murió con gloria,
La fama justiciera
Pregonará el honor de su bandera.

Encuentre el que blasona
De la invencible rueda de la Francia
Una inmortal Gerona
Que humille su arrogancia,
Y á la márgen del Ebro otra Numancia.

No porque de Saturno
Diadema funeral ciña la frente,
Y el cálido Vulturno
Agote la corriente
Del sacro rio, de la honesta fuente;

Se rinde á la enemiga
Constelacion humilde jardinero:
Él nutrirá la espiga
Con amoroso esmero;
Él buscará el hondísimo minero.

Tal vez mayor angustia
Resérvale y rüina el nuevo Mayo:
La faz del campo mustia,
Y el corderillo al rayo
Del sol herido en lánguido desmayo.

Mas no de amarga queja
Emponzoña su espíritu, ni olvida
La ingrata corva reja;
Ni la fé que es debida
Al Hacedor supremo de la vida.

Y al fin aurora rubia
Trae bandada de prósperas garzotas;
Y en pos la ansiada lluvia
Rodando en gruesas gotas,
Tras de largo afanar, las nubes rotas.

Ya el blando arroz ondula
Al soplo matinal, y con las mieses
El horizonte azula:
Ya en los estivos meses
A beber del arroyo van las reses.

Y en cánticos sonoros
Las avecillas hablan, y descubre
La tierra mas tesoros,
Que al sol se los encubre
Con los ramosos pámpanos de Octubre.

Y hay flor de azahar madura,
Porque la abeja próvida no muera;
Y medas con hartura
De pan sobre la era;
Que tanto debe á Dios quien persevera!

Tal fué, patria querida,
Tu inolvidable lid contra la Francia:
BAILÉN la vió rendida;
Mas ¿quién á su arrogancia
Quebrantó la cerviz?:—tu alta constancia.

¡Sí! la constancia misma
Que sepultó en las márgenes del Darro
Por siempre la morisma,
Rompió cual frágil barro
Del domador del mundo el ciego carro.